

querido apropiarse unos bienes que la fortuna la ofrecia, y la debilidad de la infancia no le hubiera podido disputar. La moral, cuando se explica con dulzura, es un bálsamo salutar, cuyo aroma penetra el sentimiento y el espíritu. Nuestros jóvenes amigos así lo experimentaron; se acostaron alegres, y durmieron sosegados hasta la mañana siguiente.

## TARDE XVI

### LA ENVIDIA

Del propio bien descuidada,  
Del bien ajeno oprimida,  
Está la envidia suicida  
En devorarse ocupada.  
Mírala desfigurada,  
Pálida, triste, ojerosa;  
No de su mal pesarosa,  
Sino del bien que propicio  
Obtuvo en su beneficio  
El que ella odia rencorosa.

Los hijos de Palemon se amaban tiernamente; pero el anciano habia advertido que Adela se iba haciendo caprichosa y que abrigaba el deseo de dominar á sus hermanos. Benito por su parte se complacia en oponerse á cuanto hacian los demas, y en particular aquella, que gritaba, lloraba y pateaba á cada momento. Ocurrió la mañana de este dia que Adela dibujaba en la huerta desde donde copiaba un punto de vista. Benito se acercó á ella y le dijo: — ¿Por qué dibujas esa colina? yo la tengo casi concluida para presentarla á padre, y si tú tambien la llevas despreciará mi obra. — ¿Y yo qué culpa tengo? no lo sabía. — Pues debias suponerlo... ¡estaba por hacerte pedazos el dibujo! — Á que no lo haces. — ¿Quieres verlo? — Sí. — Pues mira... y tomando el dibujo lo

hizo trizas. Adela gritó y le llamó bárbaro, envidioso, atrevido... Benito la amenazó y ella huyó y se encerró en su cuarto.

Palemon lo supo todo, deploraba la obstinacion de su hija, y la brutalidad de Benito, cuyas pasiones nacientes anunciaban un carácter duro é intratable. El buen padre se paseaba lentamente en su huerta, reflexionando con dolor acerca de las fatigas que causa la educacion de los hijos. Este Benito, decia para sí, me ha de dar muchos pesares, si no acudo prontamente al remedio; es atropellado, colérico, envidioso, y ademas de eso nada hace bien, como lo hacen sus hermanos; necesita un terrible castigo, y desde hoy mismo se lo he de imponer sin compasion ni debilidad, y sin atender á los ruegos y lágrimas de sus hermanos, que tienen mejor corazon.

Despues de haber reflexionado así, formó un proyecto raro, pero excelente, para corregir á este muchacho, que continuamente le estaba causando disgustos. De nada se dió por entendido; y segun lo acostumbraba, puso buen semblante á todos, y aun al mismo Benito. Al acabar de comer convidó á sus hijos á dar un paseo en su compañía por el bosque cercano. ¿Habéis visto hacer carbon? les preguntó. Todos respondieron que no. Pues es preciso que lo veáis; quiero que conozcáis todas las producciones de la industria de los hombres, á fin de que sepáis apreciar el valor de las cosas y el trabajo de los que os las procuran. Los muchachos se alegraron mucho de esta proposicion; hasta Benito, que era bastante perezoso, saltaba de alegría, porque lograba estas horas de descanso en sus ocupaciones. Toda la familia estaba dispuesta á partir, ménos Adela; pregunta por ella Palemon, y Benito le dice que está indispuesta y encerrada en su cuarto. Va Marcela á llamarla, y Adela responde sollozando que le duele la cabeza, y no tiene gana de salir: el padre va personalmente á buscarla, y para excusar una delacion que no quiere oir, pues lo sabe todo, le dice: ¿Estás enferma, hija mia? — Sí, señor; y mucho. — Vaya, ven conmigo á tomar el aire, y esto te aprovechará. — Pero, señor, Benito... — Benito vendrá con nosotros y muy contento. — Lo que me ha hecho... — Señorita, yo le mando que no me replique, y baje al instante. — Pero, señor... — ¿Cómo? ¿no he dicho que no gusto de réplicas?

Siguió á su padre Adela; pero durante el camino puso especial cuidado en no arrimarse á Benito; este fingió que no lo advertia, y se entregó á su acostumbrada alegría. Á la média hora de marcha llegaron al bosque, se internaron on su espesura, y

luego advirtieron el humo de una carbonera; Palemon dirigió á ella sus pasos. Un hombre todo negro salió de una cabaña construida debajo de los árboles, se presentó á los muchachos, y les explicó el modo de hacer carbon, las precauciones que se deben tomar, y las fatigas que cuesta este trabajo á los que velan sobre él noche y dia. Maravillados los muchachos, mostraban en su silencio lo mucho que les interesaba esta explicacion. Cuando concluyó el carbonero, Palemon le obligó á sentarse á su lado, y le dijo: ¡Bien duro es, amigo mio, el trabajo en que os empleáis! — ¡Ah, señor, no me habléis de eso! muchas veces me ha cansado este oficio; pero me es preciso seguir la voluntad del cielo, sin embargo de que no me habia destinado á semejante ocupacion. — ¿No? ¿no habiais nacido para tal estado? ¿pues quién ha podido precisaros?... — La desgracia y mi culpa. — ¿Vuestra culpa? — Sin duda: ¡si no hubiera abrigado en mi pecho el odio y la envidia!... ¡qué imprudencia la mia! ahora disfrutaria todos los regalos de la fortuna. — ¿Queréis referirnos vuestra historia? — Con mucho gusto: mi historia no me hace honor; pero tal vez podrá servir de leccion á estos amables niños, para que no se malogren las bellas disposiciones que anuncian.

Los hijos de Palemon se estrechan: sus semblantes indican su curiosidad; observan el mayor silencio, y el carbonero da principio á su historia en estos términos:

#### Historia del carbonero.

Yo soy hijo de un comerciante de Paris; tenia un hermano y una hermana de tierna edad, cuando falleció nuestra madre. Quedó mi padre solo á la cabeza de su familia; era virtuoso, pero tenia mucha credulidad y poca firmeza. Adoraba en mí, con exclusion de mis hermanos; yo era su ídolo y su oráculo: cuanto me decia era bien dicho, y cuanto hacia bien hecho: los otros sufrían reprensiones continuas; y la preferencia con que me distinguia mi padre lisonjeaba tanto mi vanidad, que los maltrataba sin cesar, y hacia de este modo insufrible la situacion en que los infelices se hallaban.

Desde los mas tiernos años, mi carácter dominante y envidioso habia sabido hacer á mis hermanos odiosos á nuestro padre, valiéndome para ello de continuas delaciones, ya verdaderas, ya falsas ó figuradas, segun mis caprichos. Todo lo malo que se hacia recaia sobre ellos; los cuales, gracias á mis informes, eran te-

nidos en concepto de desaplicados, quimeristas, golosos; en una palabra, tenían todos los defectos, y yo todas las virtudes. Daba mi padre crédito á cuanto yo le decia, y por eso resolvió que me quedara en su compañía, y mis hermanos fuesen puestos á pupilaje. Vine enteramente dueño de la casa, y me valí tanto de mi ascendiente, que logré que mi padre no fuese á ver á sus hijos, y no les enviase sino lo muy preciso. En estas circunstancias murió mi hermano de viruelas: desgracia que á mí no me fué sensible, pues tenia un obstáculo ménos contra la dominacion que queria ejercer, y los proyectos que andaba maquinando en mi cabeza; porque aunque solo tenia diez y ocho años, y aunque la dispacion y las pasiones dominaban mis sentidos, no por eso dejaba de atender á lo venidero, y decia para mí: mi padre es rico: su hacienda le produce, sobre poco mas ó ménos, diez mil libras de renta, y dos veces mas su comercio; somos dos hijos; si partimos este caudal, ni uno ni otro seremos muy ricos. ¡ Si yo no tuviese que partir con otro! ¡ si pudiera desconceptuar á mi hermana con mi padre, de modo que este la desheredase, ó que huyese de casa para siempre, poseeria yo entónces una gran fortuna!

Estas vilisimas ideas se apoderaron de mi corazon de tal manera, que desde el instante en que así pensé, dirigí todas mis baterias para arruinar á una hermana que detestaba: ahora veréis cómo lo dispuse, y el fruto que saqué. Fué mi intencion hacerla caer en un funesto lazo, y para no fiarme de nadie, yo mismo me hice el héroe de esta aventura. Estaba mi hermana en una severísima casa de educacion: por medio de un mozo de recados, á quien pagué muy bien, le hice entregar el billete siguiente:

« Amable Cecilia: me constan vuestros disgustos y triste situacion, y como he tenido la dicha de veros, vuestras gracias se han apoderado enteramente de mi corazon; soy jóven, bien nacido y rico, y desearia saber si admitiriais sin repugnancia el rendimiento de vuestro tierno amante. — *Valvil.* »

Cecilia, que solo tenia diez y seis años, leyó el billete, al principio con sorpresa, despues con cuidado, y al fin con emocion. El abandono de un padre, el odio de un hermano, cuyas persecuciones no ignoraba, todo habia sumergido su alma en una tristeza profunda: presentábase un hombre que compadecia sus males, y se interesaba en su suerte: considerábase amada de un jóven noble y rico: ¿ qué mujer en su estado resistiria los asaltos de su imaginacion? Leyó cien veces el billete, y no pudo ménos de suspirar por una situacion venturosa.

Cuando creí que su imaginacion se hallaria ya bastante exaltada, aventuré otro billete pidiendo respuesta; no la obtuve y lo extrané mucho, pero á la tercera carta me contestó estas pocas palabras: *Señor, haceos conocer, y entónces se os dirá si podéis esperar.* Extremada fué mi alegría: al instante forjé otro enredo, con el cual se hizo creer á mi victima que el *Valvil* que la amaba era hijo de un hombre riquísimo y muy noble, decidido á no dar á su hijo por esposa sino una mujer de la primera distincion: no olvidé las imprecaciones contra la injusticia de la suerte, y contra el irresistible amor que me rindió á Cecilia la vez primera que la vi paseando con sus compañeras: en fin, que me moriria si no conseguia de ella el hablarla por la noche en la calle del Sena por la ventana del cuarto de una de las colegialas, cuya confianza pude ganar.

Nada es comparable á la turbacion de Cecilia al leer la carta que contenia todo esto. Me respondió que lo que le pedia era un empeño muy aventurado: que no cometeria jamas semejante imprudencia; y que una vez que no podia esperar que yo la pidiese á su padre, me suplicaba no prosiguiera en importunarla.

No me desanimó esta severa respuesta. Aunque yo era tan jóven, bien conocia el corazon de las mujeres. Una sociedad corrompida, juntamente con la lectura de malos libros, me habia dado toda la experiencia de un libertino de cuarenta años: así pues, proseguí constantemente mi empresa, enviando carta sobre carta.

Me preguntaréis ¿ cómo Cecilia no conocia la letra? En primer lugar, yo la desfiguraba; ademas mi hermana habia salido muy niña de casa, en la que apénas estábamos juntos un cuarto de hora; y por fin, ¿ cómo la infeliz podia recelar un proyecto tan horrible de mi parte? Era Cecilia el mismo candor, y nunca habria reparado en la similitud de letras: se creia sinceramente amada; y aun sin conocerlo, ya correspondia al que la ofrecia su corazon. ¡ Infeliz! ¿ podia ser engañada con mayor crueldad?

Seis meses de paciencia me costó el conseguir que me hablara. Cuando se verificó, di por logrados mis pensamientos. Una de sus compañeras, sensible á sus desgracias y á la suerte que se le presentaba, le franqueó su cuarto, al que se trasladó á média noche. Yo habia hecho vestir perfectamente á mi criado, que era un jóven algo fino y de talento; le habia ensayado el papel que debia representar, porque poco mas ó ménos bien conocia lo que puede decir una jóven en semejante ocasion. Mi criado, pues, representó el papel de *Valvil* amante y desesperado: yo estaba á corta

distancia oculto detras de un ángulo que formaba la pared, y oí toda la conversacion. Cecilia le hizo mil preguntas, y despues de confesar que correspondia á su afecto, le preguntó cuál sería el término de una pasion que adjuraba si no llegaba á coronarse con indisolubles lazos. Contestóle mi criado que el casarse era facilísimo; que tenia una tia que adoraba en él, y ya estaba enterada de su pasion: que la esperaba impaciente, y que en su casa se casarian de secreto: que ademas, se encargaba esta tia de componer despues el asunto con su padre, porque este era muy bondadoso; y que en fin, aun cuando lo llevase á mal, la tia tenia sobradísimos bienes para recompensar á sus sobrinos lo que por otra parte les pudiesen negar.

Todas estas proposiciones deslumbraron á Cecilia, y pidió tiempo para reflexionar; pero mi criado la estrechaba, no queria dilaciones; decia que se moria de amor, y que se daría de puñaladas á su vista si cuanto ántes no conseguia el objeto de su ternura. Asustada Cecilia, prometió decidirse dentro de ocho dias; y amo y criado nos retirámos muy satisfechos de nuestra empresa.

Al instante levanté otras baterías para sostener las anteriores. Á la mañana siguiente recibí mi padre una carta supuesta de uno de los maestros de la casa de educacion en que estaba mi hermana, informándole de que esta tenia mil defectos, que era muy ociosa, que se presumia andaba un poco distraida, con otras cosas por este estilo. Mi padre me comunicó este tejido de calumnias: yo le determiné á que al punto escribiese á su hija, y le dicté las expresiones. ¡Cómo quedó Cecilia al leer la terrible carta de su padre! en ella le decia que habia resuelto abandonarla; que nunca la estableceria; que estaba dispuesto á maldecirla, y otros horrores de igual naturaleza, que oprimieron su sensible corazon. La desgraciada reconocia en todo esto los efectos del odio de su hermano; ¿qué hará? si escribe, serán interceptadas cuantas cartas envíe. ¿Seguirá al jóven Valvil, que la ofrece un destino venturoso? En qué ideas, en qué confusiones se halla sumergida!

Dos dias despues recibí una carta del supuesto Valvil, y otra de la tia de este jóven, concebida en estos términos:

« He sabido vuestras desgracias, amada sobrina (permitidme este nombre): no ignoro que Valvil os ama, y yo lo apruebo, porque todos los informes que he tomado son otros tantos elogios vuestros. Estad dispuesta el lunes á la média noche: bajaréis por la ventana de vuestra amiga, para lo cual se os facilitarán los medios: si esta quiere acompañaros, yo soy bastante rica pa-

» ra mantener á entrambas: yo misma os recibiré en mis brazos, y un coche nos trasladará brevemente á mi castillo, donde el himeneo espera al amor: ¡qué consuelo será este para mis cansados años! ¡y qué dulzura será para vos vivir en el seno de una tia; y en el del padre de vuestro esposo! porque conozco muy bien á mi hermano, y tengo sobre él bastante imperio para obligarle, despues de vuestro casamiento, á cuanto sea del agrado de vuestra tierna y amante tia. — *Úrsula de Valvil.* »

Esta intriga carecia del fundamento necesario para alucinar á una mujer que tuviera mas instruccion y experiencia que Cecilia; pero á los diez y seis años, sin conocimiento del mundo y sus seducciones, ¿era extraño que cayese en el lazo? Esta carta bastó para inspirarle la seguridad de que su amante no la habia engañado, pues que su tia, mujer respetable, aprobaba su eleccion, y aun se prestaba á contribuir por todos los medios á su felicidad. La pobre Cecilia consultó á su amiga, que era huérfana, y tambien sin experiencia del mundo, la cual consintió en acompañarla, y quedaron convenidas en estar dispuestas para la noche siguiente, que era la señalada.

En fin, llegó el momento del rapto, que era el golpe terrible, y se dió felizmente sin que yo compareciese; afecté este dia un fuerte dolor de cabeza, y me encerré en mi cuarto por la noche, pero no pude dormir. Atormentado de la idea del crimen que cometia, recelé que mi padre advirtiese la alteracion de mi semblante, y adivinase la causa: ¡cuán cierto es que el culpable teme siempre que sus maldades se descubran aun por las personas que están mas léjos de presumirlas!

Durante este tiempo, mi astuto criado, en compañía de una vieja infame con quien se contaba para el lance, se trasladó á la calle del Sena; una escala arrimada á la pared facilitó la evasion de Cecilia y su amiga; ambas entraron en un coche en que las esperaba la fingida tia, entró luego mi criado, y se pusieron en camino.

Á la mañana siguiente supe todo lo ocurrido cuando mi padre recibió la noticia por los maestros de mi víctima. Hacia bastante tiempo que estos habian avisado que mi hermana recibia ocultamente papeles amorosos; que muchas veces la habian visto hablando con un jóven por la noche, que sin duda era este el raptor, y que para colmo de tanta maldad, la criminal Cecilia habia seducido á una compañera en sus desórdenes y fuga.

Bien supondréis que adelanté mi perfidia hasta el punto de

agriar, en cuanto pude, la indignacion de mi anciano padre. En efecto, le dije, ya me habian hablado de que trataba con un mozo despreciable é intrigante; pero creí que fuese una impostura, pues nunca hubiera pensado que mi hermana fuese capaz... ¡ Oh cielos! ¡ deshorrar la familia, causar tantos pesares á tan buen padre! ¡ Ah! decidios á no verla jamas. Contémosla ya por perdida, padre mio, por perdida para siempre.

Añadí otras mil exclamaciones, y disfruté el cruel placer de oír á mi padre maldecir á su hija, y jurar que la abandonaba enteramente. Mi hermana, al partir con su fingido amante, habia dejado sobre la mesa una carta para mi padre, y yo cuidé de que no la viese; en ella le hablaba de su amor á un jóven rico y bien nacido; de las persecuciones de un hermano bárbaro; y en fin, queria justificarse, en cierto modo, de su temerario arrojó; quemé esta carta como lo habia hecho con otras anteriores, y creí gozar en paz de mi perfidia. Estos sucesos causaron tal pesadumbre á mi padre, que enfermó peligrosamente; yo no me separé de su lado; é hice tanto, que desheredó á mi hermana, y me nombró por su único heredero.

Habia conseguido el objeto de mis maldades, mas no debia disfrutarlo largo tiempo; pronto veréis cómo el cielo disponia los sucesos para castigar el crimen, y dejar triunfante la inocencia oprimida; pero ántes de llegar á la venganza divina, que tanto habia merecido, debo retroceder á la calle del Sena, al momento del raptó de Cecilia, y seguir á esta crédula víctima del odio y ambicion del hermano mas perverso. Sin duda desearéis saber lo que sucedió con el falso Valvil y la supuesta tia; luego conoceréis sus desgracias, y el modo cruel con que quedó desengañada.

Era la média noche y volaban los fugitivos..... Aquí Palemon suplicó al carbonero que suspendiese su narracion, porque tenia que andar média legua para volver á su casa, y temia hallarse de noche en el bosque con su tierna familia. Mañana volveremos, le dijo, y continuaréis una historia que nos interesa infinitamente.

Convino el carbonero; Palemon volvió á la granja con sus hijos, y su conversacion recayó sobre los horribles crímenes del hombre que habian visto; el anciano tuvo cuidado de dirigir indirectamente algunas aplicaciones á Benito y á su hermana; estos bajaron los ojos, pero no tuvieron valor para abrazarse. Palemon quedó indignado de ello, y mucho mas de la obstinacion de Benito, que era el mas culpado, lo cual le decidió á castigarle severamente: en la tarde siguiente veremos cómo se manejó para ello.

## TARDE XVII

### LA RECONCILIACION

¡ Cuán dulce es el abrazar  
Á un pariente ó un amigo  
De quien el hado enemigo  
Nos procuró separar!  
¡ Cuán bello es el perdonar  
Á quien cruel nos persiguió!  
Si villanamente obró,  
Aprenderá su malicia  
Á desterrar la injustici  
Y amar á quien ofendió.

Adela pasó la mañana siguiente encerrada en su cuarto y sin ver á nadie, esperando que su padre le preguntase las causas de su enojo, pero Palemon permaneció silencioso, pues no queria chismes ni delaciones entre sus hijos. Por la tarde volvieron al bosque donde ya los esperaba el carbonero, quien continuó su historia de este modo:

#### Concluye la historia del carbonero.

Era média noche; hacia largo tiempo que el coche corria, y Cecilia turbada no habia aun examinado las personas que la acompañaban. No respondia á nada de cuanto le hablaban; tal era el